

Hacia la modernidad: Madrid, 1940-1980

Notas sobre cuatro décadas en la enseñanza de proyectos y en la arquitectura de la ciudad

Antón Capitel

La Escuela de Arquitectura de Madrid es, en alguna medida, el origen extremo de la condición física de la ciudad en que la institución académica se asienta. Pero las relaciones entre escuela y ciudad no son lineales, sino complejas, llenas de matices que no tendremos ocasión de examinar por completo. Puede decirse, no obstante, que Madrid capital ha sido, para el período que trataremos, tanto el principal modelo práctico de la enseñanza —en la ciudad estará una gran parte de las arquitecturas que en la escuela sirven de ejemplo e interesan, o, al menos, los hombres que las producen— como el laboratorio más importante en que se ensayarán y pondrán en práctica las experiencias de los que un día fueron escolares.

Escuela de Arquitectura y ciudad se hermanan así en un abrazo bien estrecho; en una compleja amalgama que ha creado, en alguna medida, una cultura arquitectónica propia que puede nombrarse como “Escuela de Madrid”, vieja expresión que emplearemos aceptando su ambigüedad. Sirvan estas notas para explicar algunos rasgos de la anatomía de este gesto durante la etapa 1939-1979, bastante amplia, rica y variada en lo que se refiere a la arquitectura¹.

Primera década. El Madrid académico: una ciudad de la enseñanza clásica.

Tiendo a creer que la arquitectura de Madrid de mayor relieve fue más un

¹ Por razones de brevedad, el texto trata de la enseñanza de proyectos y de sus relaciones con la arquitectura de la ciudad. Pido disculpas por las faltas de citas de determinadas personas, sobre todo de otras disciplinas, así como por la condición obligadamente sumaria del escrito.



1. La ciudad de los académicos. Museo de América, de Moya y Feduchi.
2. Los académicos profesionales. Viviendas en la plaza de Gregorio Marañón, de Luis Gutiérrez Soto.
3. La ciudad académica de los alumnos. Sindicatos, de F. Cabrero y R. Aburto.
4. Un moderno en la Academia. Detalle de la casa en Fernando el Católico, de F. J. Sáenz de Oiza.

producto de los arquitectos, y de la Escuela de Arquitectura, que del régimen político, sobre todo en los primeros años de éste; es decir, cuando se produjeron los “revivals” historicistas que se consideraron tan unidos a él.

El historicismo de los años cuarenta fue así, más bien, un triunfo de la ideología escolar promovida por arquitectos influyentes en el régimen y ofrecida como un servicio ideal al exacerbado nacionalismo entonces imperante.

El personaje principal de la política arquitectónica fue el guipuzcoano Pedro Muguruza, primer director general de Arquitectura, alumno y profesor de la escuela. Para promover el historicismo utilizó dos apoyos fundamentales. Uno fue la transformación urbanística de la ciudad, confiada a Pedro Bidagor, que había sido ayudante de quien la había iniciado en la República, Secundino Zuazo, formado en Barcelona y en Madrid, y a quien la ciudad capital debe tantas cosas.

Otro fue la Escuela de Arquitectura, donde era joven catedrático de introducción a proyectos Luis Moya Blanco, ayudante profesional de Muguruza en ocasiones, y promesa en la que se establecía la máxima esperanza de recuperar una arquitectura “clásica y española” tanto para la práctica como para la teoría y la enseñanza. La posición de Moya quedaba muy sólidamente fundada en la presencia de Modesto López Otero y reforzada también por Pascual Bravo

Sanfeliu, ambos catedráticos de proyectos. López Otero, director de la Ciudad Universitaria, había sido director de la Escuela; Pascual Bravo, que realizó la Escuela de Arquitectura, fue director después. Moya lo sería también, ya cuando el sueño de una recuperación clásica se había esfumado por completo.

Basada en los citados profesores y en sus afines, la Escuela de Arquitectura de Madrid quiso convertirse en los años cuarenta en una institución que promovía la arquitectura académica en su sentido más clásico; esto es, en una alternativa no sólo a la incipiente modernidad de anteguerra, sino también al historicismo ecléctico del primer tercio del siglo. Moya fue quien hizo más suyas estas aspiraciones académicas puras, si bien López Otero alteró en buena medida su ligadura al eclecticismo y a una cierta contaminación moderna para promover el romanticismo clásico, manteniendo una obsesiva insistencia en la gran figura de Schinkel.

Se consolidaron las exigencias del ingreso —que en la etapa republicana no se habían modernizado— ligadas al dibujo de estatua y del ornato clásico y al conocimiento de los órdenes. Moya recibía directamente a los ingresados como profesor de primer curso, introduciéndolos en la disciplina clásica, ya proyectual, mediante famosos ejercicios que se mantuvieron durante mucho tiempo, como el de la hornacina y el del edificio simétrico. Luego la escuela era más ecléctica,

y errática, pero acababa con el paradigma de Schinkel de López Otero.

En esta enseñanza académica se educaron Francisco Cabrero, Rafael de Aburto, Miguel Fisac, Alejandro de la Sota, y José Luis Fernández del Amo, de entre los que hicieron la carrera antes y después de la guerra civil, y José Antonio Corrales, Ramón Vázquez Molezún, Francisco Javier Sáenz de Oíza y Julio Cano Lasso, que la hicieron después. Protagonistas luego de la recuperación de la arquitectura moderna, todos fueron algún tiempo profesores de la escuela, descontando a Fisac, aunque sólo Sáenz de Oíza se dedicó verdaderamente a la enseñanza.

En la ciudad, Muguruza y Bidagor promovían un Madrid clásico y español en una notable coherencia con la ideología escolar. Muguruza relegó también su propio eclecticismo para promover y practicar un arte clásico más puro.

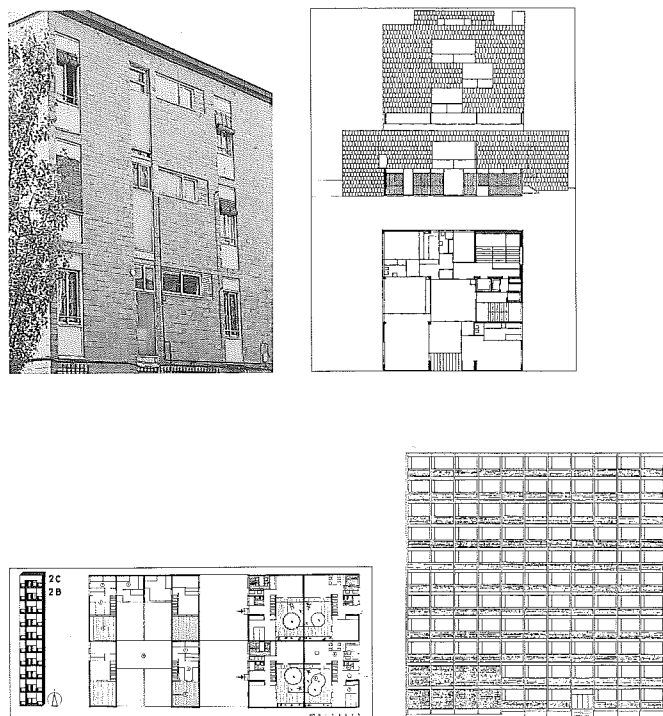
Pero, al margen tanto de la Escuela como de los puestos administrativos es necesario recordar también al representante más conocido y atractivo de la profesión liberal, Luis Gutiérrez Soto, que había sido un brillante alumno de la enseñanza ecléctica, y cuya modernidad de anteguerra se plegaba también, por propio convencimiento, en favor de la práctica clásica.

Con él, hemos reunido ya a los personajes principales, profesores de la Escuela y antiguos alumnos de la misma, que construyeron el Madrid “clásico” de la posguerra. Con una orientación que había

surgido al servicio del régimen, y que éste aceptó gustoso, pero dictada en realidad por aquéllos que pensaban restaurar una manera pura y clásica, verdaderamente “académica” —esto es, escolar— de la arquitectura.

Hay un lugar en Madrid especialmente significativo de aquella aventura, bastante logrado, y que los reúne a todos: el punto en que se inicia la Ciudad Universitaria; esto es, el espacio que va de la Moncloa hacia ésta. Allí Muguruza y Bidagor habían actuado de directores urbanísticos, forcejeando con Gutiérrez Soto para que realizara un ejercicio herreriano con el Ministerio del Aire, considerada una manera más española que la más clásica y purista en que él lo había empezado al proponer un edificio semejante a los Nuevos Ministerios.

Encargaron a López Otero y a Pascual Bravo el Arco de Triunfo y a Luis Moya —que colaboró con Luis Feduchi—, el Museo de América. Véase así este lugar como un sitio privilegiado para entender este momento. Hay un punto de vista especialmente afortunado: nada mejor en el historicismo de posguerra que la visión desde la plaza de la Moncloa hacia la Ciudad Universitaria, teniendo a ambos lados los escorzos del Ministerio del Aire y de las residencias de oficiales, al fondo el Arco de Triunfo es posición oblicua, y más atrás la torre barroca del Museo de América surgiendo detrás de entre los árboles. La ligadura entre Madrid y la



5. La ciudad moderna de los antiguos alumnos. Viviendas experimentales de Carabanchel, de F. J. Sáenz de Oíza.

6. La arquitectura moderna triunfa fuera de Madrid. Gobierno Civil de Tarragona, de A. de la Sota.

7. Los poblados dirigidos. Íñiguez de Onzoño y Vázquez de Castro: Barrio de Caño Roto.

8. La pervivencia del racionalismo. El edificio Arriba, de F. Cabrero.

Ciudad Universitaria se había hecho con notable interés, y esta arquitectura tiene ya hoy un estatuto de testimonio histórico.

Otra importante operación promovida también por Muguruza en aquellos años es la de la dignificación de la zona del Palacio Real, también estrechamente relacionada con la Escuela. Luis Moya –con Diego Méndez– hizo la reforma del Teatro Real y Carlos Sidro y Fernando Chueca –ambos procedentes de la escuela de Madrid y el último luego ilustre profesor y catedrático de historia de la arquitectura– ganaron el concurso para la nueva catedral de la Almudena sobre la cripta realizada por Francisco de Cubas, realizándola en gran parte. La intención era que los grandes edificios y espacios que rodean el palacio fueran más armónicos con él, continuando la operación de Fernando García Mercadal con la realización de los jardines de Sabatini.

El Madrid académico no triunfó tanto como Muguruza y Bidagor –y Moya y López-Otero– hubieran deseado. La transformación de la prolongación de la Castellana realizada por Zuazo y convertida por el nuevo Plan de urbanismo de la posguerra en una avenida clasicista no fue real, aunque –paradójicamente– generó la existencia del Centro Azca. Dicho Plan consiguió que el Paseo de Rosales fuera vagamente “herreriano” para dibujar dicha imagen en la silueta de Madrid sobre la cornisa del río, pero tuvo que resignarse a la aparición

en ella del edificio España, debido a la iniciativa privada. Fue este plan, por cierto, el que ideó la M-30, que se haría realidad casi 40 años más tarde.

No obstante, edificios historicistas, generalmente herrerianos o inspirados en Villanueva, se construyeron por toda la ciudad, que finge así muchas veces una antigüedad que no tiene. Algunos fueron de gran interés y contribuyeron en gran modo a la calidad urbana de Madrid. Sirvan como paradigma los de Gutiérrez Soto, como el que está en la plaza de Gregorio Marañón o el de Padilla/Núñez de Balboa.

La restante obra de Moya no afectó tanto a Madrid como la que ya se ha referido. Aunque pueden citarse las viviendas abovedadas en Usera y el Escolasticado de los Marianistas en Carabanchel, son éstas obras marginales. Su obra cumbre en el Madrid de aquellos años fue la Iglesia de San Agustín en la calle de Joaquín Costa, el más original y cualificado producto historicista que la ciudad tiene de su obra.

La ciudad clásica de los alumnos

Mientras la ciudad académica de los profesores se construía, los alumnos de las primeras promociones iban dando también sus frutos. El más temprano fue Fisac, con el conjunto del Consejo de Investigaciones Científicas, donde el desarrollo de los años le condujo desde una postura fiel a la de sus maestros en el clasicista edificio central, hasta la manera modernizada y

mussoliniana, a lo Foschini, del pabellón de acceso y la casi orgánica del Instituto de Optica, ya al final de la década. Cabrero se enlazó con Moya en las viviendas abovedadas de la calle Virgen del Pilar, y representó al estado franquista en el mejor edificio que éste construyó en Madrid, Sindicatos, el producto más cualificado de la interpretación académica de los alumnos, tránsito hacia la modernidad.

Pero la carga ecléctica de la enseñanza nos la ofrece Sáenz de Oíza, titulado en 1946. Alumno predilecto de Moya, le descubrió la arquitectura moderna Ramón-Aníbal Alvarez. Fue estudiante dócil y aplicado, pero ya con López Otero, y en el último año de la carrera, llegó a polemizar con él pidiéndole lo moderno, ante la insistencia de aquél en ejemplos como Wagner y la Sezesión, Horta y Schinkel; ejemplos bien cualificados, por cierto, y muy alejados de los tópicos de la época. Revelan una escuela culta, algo más permisiva de lo que pudiera parecer, pues los profesores eran a la postre liberales. Enseñaban una disciplina no despreciable, aunque los alumnos le tuvieran poco respeto por sus ansias de modernidad. La enseñanza clásica, como el aprendizaje del latín para las lenguas, formaba una importante base, único soporte desde el que puede explicarse tanto la calidad de las obras citadas como las de la etapa que vendría después.

Sáenz de Oíza ganó en 1946 el académico concurso de la plaza del Azoguejo en Segovia, fue becado a Estados

Unidos durante un año, donde volvió convencido de la arquitectura moderna como un camino eminentemente técnico, pero practicó todavía modos académicos moderados en los concursos de la Merced y de Aránzazu, al tiempo que ensayaba una modernidad intensa y compositiva, respetuosa con la ciudad, en la casa de Fernando el Católico. Se diría que Oíza procedía como un ecléctico, dando a cada ocasión el estilo que merece, y, así, ofreciendo productos clásicos para las ocasiones que exigían mayor ejercicio del arte y modernos para las que, como la vivienda, cabía interpretar en una forma más técnica. Su eclecticismo representa la formación de la escuela, clásica pero diversificada y con incipientes infiltraciones modernas.

Segunda década.

Un moderno en la Academia

Sáenz de Oíza, alumno de prestigio y ya tantas veces premiado, fue llamado a la Escuela para explicar Salubridad e Higiene, lo que hizo de 1948 a 1958, mientras servía también de auxiliar –sustituto– de proyectos, plaza que ganó en 1952, a la que se presentó por consejo de Torres Balbás, y a la que concurren también, sin éxito, de la Sota y Cabrero.

En el curso de instalaciones, y apoyado en unos apuntes todavía famosos, Oíza introdujo la arquitectura moderna desde su soporte técnico, teniendo gran impacto entre los alumnos, que veían en

sus clases un oasis frente a unas cátedras de proyectos cuyos titulares –aquéllos que les correspondía haber ejercido la arquitectura moderna– no podían actualizarse del todo, pero que se veían obligados a ir siendo más permisivos.

En 1956 Sáenz de Oíza consiguió que se reformara el ingreso, introduciendo unos “cursillos” de preparación, que incluían ejercicios de mano alzada, retención, color, diseño, de clara inspiración bauhasiana, conducida por el propio Oíza, que era profesor de estos ejercicios. Permanecían la estatua y el lavado, naturalmente, que seguían siendo más importantes, y que durarían casi hasta los años setenta. Paulatinamente la academia –el latín– se iría retirando hacia la enseñanza básica, y ésta quedaba incluso invadida.

Sáenz de Oíza era el futuro, el futuro inmediato; era incluso el presente, aunque éste se resistiera en hacerse visible. Hacia 1957 Alejandro de la Sota entró en la Escuela y en el 58 Sáenz de Oíza pasó a ser profesor adjunto de proyectos IV, ya en el plan 57. Las cosas iban cambiando aceleradamente.

La ciudad moderna de los antiguos alumnos

Los años cincuenta fueron así los más oscuros de la Escuela, si por dicha oscuridad se entiende el hecho de que el ansia de la arquitectura moderna no se satisfacía. Pero la arquitectura moderna penetraba en la Escuela a través de la que,

en la ciudad o no, iban haciendo los antiguos alumnos, de la difundida por la revista *Arquitectura*, y de las “Sesiones de Crítica” de Carlos de Miguel. Los antiguos alumnos enseñaron a los estudiantes desde la calle y desde lo producido en sus despachos profesionales.

El Premio Nacional de Arquitectura –en cuyo jurado estaba frecuentemente Luis Moya o Modesto López Otero– fue otorgado a Molezún en 1953 con el Museo de Arte Contemporáneo y a Sáenz de Oíza y Romaní (con Oteiza y el estudiante Mangada) en 1954 con la Capilla para el Camino de Santiago. Fue esta última –muy bien publicada por la revista *Arquitectura*– de gran impacto para los estudiantes: una arquitectura racionalista, abstracta y “minimal”, demostraba que el eclecticismo implícito en la formación de esta generación se decantaba hacia la radicalidad moderna, pero en la que el soporte técnico se constituía incluso en lenguaje de la emotividad religiosa.

En esta temprana condición moderna triunfante, Fisac era un pionero puramente profesional. Inició el Instituto Cajal en 1951, el Centro de profesorado laboral en la Ciudad Universitaria en 1953, y la Iglesia de Alcobendas en 1955, aunque sus impactos serían posteriores. Pero nótese que el eclecticismo de la Escuela había dejado en Fisac la huella de la búsqueda de una tercera vía: de un personal organicismo que quería prescindir tanto de

la academia como del Estilo Internacional.

En la segunda mitad de los cincuenta, la modernidad radical iba a la Escuela, también de la mano de Oíza, en la importante aventura colectiva de los Poblados dirigidos. Fue ésta la consolidación más poderosa de la arquitectura moderna en Madrid, y en ella participaron un gran número de arquitectos durante muchos años. Entre los ligados a la Escuela puede destacarse también a De la Sota, y de una nueva generación, a Javier Carvajal y a Antonio Vázquez de Castro.

Una arquitectura madrileña plenamente moderna empezaba a representar al Estado, aunque todavía no en Madrid. Alejandro de la Sota, ganó en 1957 el concurso del Gobierno Civil de Tarragona y Corrales y Molezún, en 1958, el pabellón español de la Expo de Bruselas. En la ciudad, los más activos eran los profesionales que tenían a los edificios de Gutiérrez Soto como paradigma, pero una arquitectura nueva más radical iba interviniendo en la ciudad. Puede citarse la Escuela de Hostelería, de Cabrero –que no ganó el concurso de cátedra contra Ramón-Aníbal Álvarez–, los talleres TABSA y la residencia de Miraflores de la Sierra, de Alejandro de la Sota (la última con Corrales y Molezún).

Generaciones nuevas estaban igualmente activas. Carvajal inició en 1955 el edificio de viviendas en Cristo Rey y la Escuela de Telecomunicación (con García de Paredes) en 1960. García de Paredes y Rafael de la

Hoz proyectaron el brillante Colegio Mayor Aquinas en 1956 (Premio Nacional). Casariego y Alas iniciaron el edificio de Assicurazioni Generali en la Castellana en 1958 y la Fábrica Monkey en 1960. Obras como éstas consolidaban el Estilo Internacional, superando el eclecticismo que la Escuela les había provocado, con la excepción de Fisac. Aunque ya podía detectarse otra de las excepciones si se enlazaba con una nueva generación: Antonio Fernández Alba, titulado en 1957, realizó en 1960 el edificio de viviendas en Hilarión Eslava, 49 y el Colegio Mayor Santa María, ambos de matices aaltianos.

Ante este panorama, podemos hacer algunas observaciones. La primera es que si la arquitectura moderna no penetraba en la Escuela con demasiada facilidad, tampoco en la ciudad lo hacía de modo sencillo ni mayoritario. Las obras que hemos ido citando eran tan singulares como marginales y de minorías. Los poblados dirigidos, aún en su condición masiva, no eran precisamente una operación central. La ciudad no sirvió para enseñar la arquitectura moderna a la escuela tanto desde su propia condición física como desde el hecho más simple de ser la residencia de los profesionales, transmitidos por revistas como *Arquitectura*, auténtico órgano informativo de la producción moderna española, construida o no, en aquellos momentos.

Como complemento ha de observarse que la Escuela no podía enseñar

arquitectura moderna plena en los años cincuenta porque ésta estaba en España –en Madrid– en período de difícil y minoritaria formación. Habiendo cultivado el clasicismo la generación que le hubiera correspondido por razones temporales practicar la manera moderna, ésta se fue formando en los cincuenta y avanzando en la ciudad –y en la revista– tan dificultosamente como en la propia Escuela. Sólo podían enseñarla los que realmente la practicaran y llegaron a generar con ella una nueva cultura local.

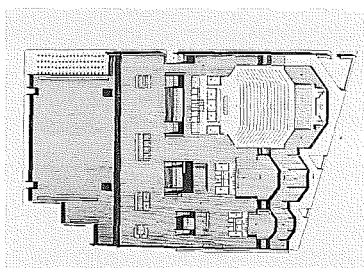
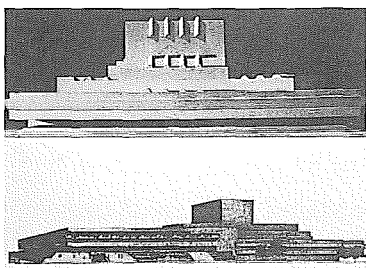
La renovación de la arquitectura en la ciudad de Madrid y en la Escuela fueron así prácticamente en paralelo, y Sáenz de Oíza representó ambas al unir las dos actividades. Por eso a partir de los años 1959 y 1960, consolidada la figura de Oíza en la asignatura de proyectos, y con de la Sota también como profesor, las cosas empezaron a precipitarse, pues ya podían hacerlo.

Tercera década.

A la conquista de una escuela moderna.

Otra arquitectura y otra escuela.

Hacia 1959 Javier Carvajal (titulado en 1953) entró en la escuela y en 1960 sustituyó como Encargado de Cátedra de proyectos al profesor Luis de Villanueva. Llevó como profesores a García de Paredes –que duró muy poco– a Antonio Fernández Alba –que había dado ya clase de construcción– y a Antonio Vázquez de Castro.



9. Una nueva arquitectura moderna. Torres Blancas, de Sáenz de Oíza.

10. La escuela orgánica. Torre de Valencia, de J. Carrajal.

11. Madrid pierde ocasiones. Concurso para el teatro de la Ópera, de A. Fernández Alba.

12. La arquitectura orgánica en el papel. Palacio de Congresos de A. Fernández Alba.

En el período en que se realizan y consolidan estos cambios (de 1957 a 1964) una nueva, larga y densa generación fue acabando la carrera. Puede considerarse encabezada por Alba, que acabó en 1957. De 1959 a 1964 se titularon, entre otros, Higuera, Miró, Mangada, Ferrán, Vidaurre, Hernández Gil, Moneo, Fullaondo, Amézqueta, Longoria, Ynzenga, Salvador Molezún, Aroca, Seguí, de las Casas...

En lo que hace a sus primeros miembros, esta generación vivió una escuela difícil, pero con la presencia de Sáenz de Oíza, de su influencia y de los primeros ecos de la cultura moderna madrileña. Pero los últimos recibieron ya la primera modernización, con Carvajal, Alba y Vázquez, con Oíza como profesor de proyectos y con la influencia directa de una cultura que empezaba a densificarse y a variar. La formación y cultura proyectual que tenían debió ser suficientemente alta, a juzgar al menos por sus frutos casi inmediatos. Con ellos las ideas empezaban a ser otras: Fernando Higuera declaraba, ya como alumno, ser “enemigo de lo moderno”. Fue ésta de hecho una generación revisionista, que volvió de nuevo a un eclecticismo muy propio de la Escuela; un eclecticismo ahora distinto.

Pues en la arquitectura de los modernos profesores y profesionales las cosas habían ido cambiando. Consolidado el Estilo Internacional, nuevos ideales del desarrollo del Movimiento Moderno triunfaban en el

exterior. La arquitectura de la “Escuela de Madrid” –esto es, de los nombres que se han ido apuntando– se obligará a un nuevo esfuerzo de modernización y sufrirá el giro que se ha conocido con el nombre de organicismo, que fue anunciado por la carrera de Fisac.

Surgió así Fernández Alba como uno de los profesionales emergentes en esta nueva situación, encabezando, como dijimos, la generación inmediata. Fernández Alba empezó a tener más importancia en la Escuela a medida que se afianzaba su carrera orgánica, pero sus mejores frutos no los recibió la ciudad. Trabajó para Salamanca (Convento del Rollo, neotradicionalista y orgánico, que fue Premio Nacional en 1962), Loeches (Colegio Monfort), Zorita (Ciudad residencial para la central). Las más ambiciosas oportunidades de la línea orgánica, como la Feria de Muestras de Gijón (con Javier Feduchi) se quedaron en los papeles. Madrid se perdió, muy concretamente, su Palacio de Congresos y Exposiciones, cuyo espléndido proyecto sólo obtuvo el segundo premio del concurso.

Javier Carvajal, que había dado la medida de su modernidad fiel al Estilo Internacional en la torre de viviendas en Cristo Rey y en la Escuela de Telecomunicaciones, tomó igualmente el camino orgánico en el bloque de viviendas de la calle de Montesquenza y en las casas unifamiliares de Somosaguas.

Como producto elaborado de su organicismo, es preciso citar también la polémica Torre de Valencia.

Sáenz de Oíza, que había ensayado una alternativa al funcionalismo en su conjunto de apartamentos en Alcudia y en algunas viviendas unifamiliares, dio a Madrid su producto orgánico más exacerbado y cualificado en el gran edificio Torres Blancas (en el que significativamente fueron sus ayudantes, como alumnos, Juan Daniel Fullaondo y Rafael Moneo). La elaboración y construcción del edificio presidió la década con su atractivo plasticismo, dotando a la ciudad de uno de sus más significativos hitos. Cuando se construía y se contemplaba la radical modernidad que para el público era evidente, significaba, para alumnos y profesionales, una modernidad “otra”.

Pero poco más se construyó de aquella exacerbada y plástica manera, aunque ha de destacarse la obra de Higuera –el enemigo principal del funcionalismo en la nueva generación– que, con Miró, realizó el Instituto de Restauración en la Ciudad Universitaria. En una manera también orgánica, pero en su versión más tradicional, pueden destacarse obras menores y periféricas, pero muy significativas: la Casa Huarte en Puerta de Hierro, de Corrales y Molezún; la Casa Lucio Muñoz en Torreldones, de Higuera y Miró y la Casa Gómez Acebo en La Moraleja, de Moneo. El organicismo significaba, pues, tanto un plasticismo

exacerbado como un tradicionalismo moderno, valga la paradoja, con lo que la ideología de este grupo de arquitectos aumentó y consolidó el eclecticismo de la cultura local.

(Eclecticismo que aumentaba aún para la “Escuela de Madrid” con la persistencia de la práctica racionalista de Alejandro de la Sota, que hacia 1960-1962 realizó el cualificado Gimnasio del Colegio Maravillas, y con la de Francisco Cabrero, que construyó el edificio Arriba, 1962, en la prolongación de la Castellana y, con Jaime Ruiz, el Pabellón de Cristal de la Casa de Campo, 1964).

Pero Madrid se perdió también el concurso de la Opera (1964), cuyo vulgar premio, y por fortuna, nunca se construyó; pero en el que quedaron ignorados o postergados, entre otros, los moderados proyectos orgánicos de Fernández Alba y de Moneo, y los más exacerbados de Fernández Longoria, Fullaondo y el equipo de Carvajal, Casas y Seguí.

La arquitectura orgánica era, pues, y en gran parte, de papel; pero es bien sabido que el papel –lo que transmiten las publicaciones– tiene la máxima importancia en la formación de la cultura arquitectónica, y, así, el organicismo madrileño la tuvo. La revista *Nueva Forma*, dirigida por Juan Daniel Fullaondo, sustituiría en gran parte a la revista *Arquitectura*, y pasaría a ser el vehículo oficial tanto de la manera

orgánica, como de la “Escuela de Madrid”, así como un instrumento de formación que fue especialmente importante en la institución académica, aunque también entre estudiantes y profesionales de toda España.

Un primer triunfo oficial de la Escuela moderna.

La ideología moderna –sumergida en un eclecticismo que se reconocía equívocamente como progreso– triunfó del todo en la Escuela de Arquitectura en los años sesenta, aun cuando se le resistiera parte de la enseñanza real. Pero logró también un significativo y oficial triunfo cuando Javier Carvajal –catedrático desde 1965– tuvo oportunidad de intervenir como Jefe de Estudios en el plan del 64 y organizar, al menos en parte, su escuela moderna.

No conquistó la enseñanza básica del dibujo, que no se había alterado desde los famosos cursillos de Oíza, pues la integración de Dionisio Hernández Gil y de Rafael Moneo como posibles modernizadores de la cátedra de Análisis de Formas de López Durán duró poco. En el dibujo técnico tuvo más éxito, incorporando a Javier Feduchi como encargado junto con José de la Mata. En Elementos de Composición situó a Fernández Alba (con Vidaurre, Uría, Navarro Baldeweg), cuyo prestigio como arquitecto iba en paralelo al de renovador de la enseñanza, y era así la figura de

² Estas incorporaciones de urbanística en el Plan 64 se debían al catedrático Emilio Larrodéra. Para un relato más completo de esta incipiente Escuela moderna, ver el texto “Notas sobre una generación”, no firmado, pero realizado por quien esto escribe. En la revista *Arquitecturas bis*, n.º 23-24, julio-septiembre de 1978.

³ Catedrático de Estética y Composición, D’Ors participó en la renovación de los sesenta, incorporando a Fullaondo –que pasó luego a proyectos–, Amézqueta –que pasó a Historia de la arquitectura– y, más adelante, a Javier Seguí. Director después de pérdida la batalla de Carvajal, recuperó a De la Sota y a Fernández del Amo. En los años setenta tuvo de profesores a Simón Marchán y a Ignacio Gómez de Liaño.

significado más intenso. Proyectos I lo impartía el propio Carvajal con Juan Daniel Fullaondo; Proyectos II estaba al cargo de Rafael Moneo (con Germán Castro) y Proyectos III de Sáenz de Oíza (con Rafael de Aburto).

(Algunos otros profesores, como Cano Lasso, quedaron en el plan antiguo, así como de la Sota, que había sido desplazado del nuevo. Esta “Escuela”, de la línea central, de dibujo y proyectos, iba acompañada también por una renovación de los cuadros de urbanística, pudiendo destacarse la incorporación de Fernández Longoria, y de Mangada y Ferrán, entre otros).²

En el curso 1968-1969 la Escuela “de Carvajal” estaba completa, pero duró poco, al menos en forma unitaria. Una contestación universitaria radical, en la que toda clase de problemas se acumulaban, generó una respuesta política que cesó a Carvajal como Jefe de Estudios y dispersó su equipo. Al final de los sesenta, en la Escuela de Arquitectura, que había llegado al fin a una intensa modernidad y al paralelo con la cultura internacional, se superponían todas las cuestiones intelectuales que provocaban la crisis del Movimiento Moderno. Pues con la acumulación del Estilo Internacional y de sus revisiones, orgánicas o no, coincidía el conocimiento de las vanguardias radicales, del estructuralismo, de la confianza en los métodos cibernéticos, de la semiótica...

La búsqueda de la “verdadera modernidad”, de la modernidad pendiente, había acabado. Tanto para los profesionales como para la Escuela.

Cuarta década. La escuela como laboratorio de la disciplina

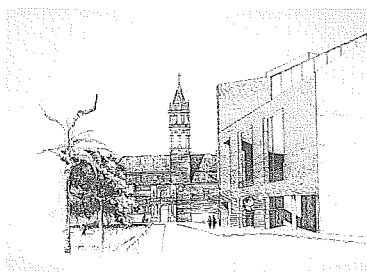
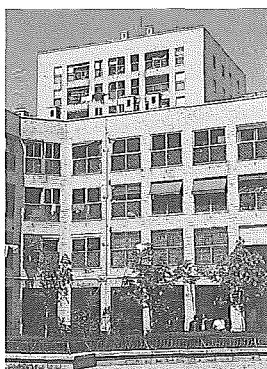
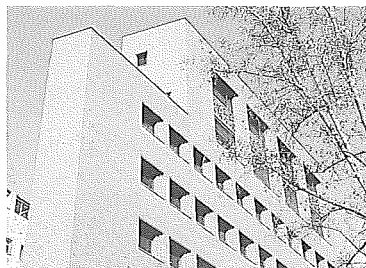
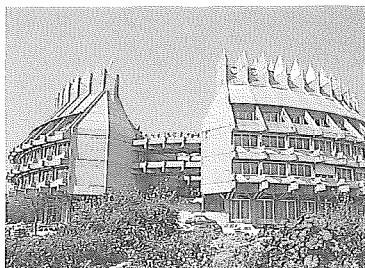
Pero, para la arquitectura y para la Escuela, el fin de la búsqueda de la modernidad significaba el fin del antiguo sistema, ligado al franquismo, y del que sólo cabía esperar su desaparición física. El año 1971 fue así más significativo para la institución escolar en los aspectos a que nos estamos refiriendo que el de 1975.

En 1970 Sáenz de Oíza era catedrático. Fernández Alba lo fue en 1971 de Elementos de Composición, aunque su triunfo supuso el “exilio” de Moneo a la Escuela de Barcelona, la desaparición de De la Sota y el abandono de Sáenz de Oíza. En 1968 se había ido Fullaondo, y Carvajal no tardó en caminar hacia otros destinos académicos y políticos. Aunque la escuela nueva no era del todo oficial: Víctor d’Ors, peculiar académico y franquista, la presidía.³

Parece así una situación desoladora, pero era en realidad la consolidación definitiva de la nueva escuela, que había recibido el vacío como terrible legado de la coincidencia entre el triunfo de la modernidad y su intensa crisis, y que estaba obligada así a rescatar una rica cultura profesional y a fundar un nuevo talante de reflexión y de laboratorio proyectual.

El arranque de la Escuela de los setenta se basó en el solitario pero poderoso empuje de Fernández Alba, que retuvo a Manuel de las Casas –ayudante de de la Sota– e incorporó profesores muy jóvenes. Vidaurre –procedente del equipo de Alba– ganó en 1973 la cátedra de Dibujo Técnico, e incorporó a más. Cano continuaba y Francisco Cabrero había sido contratado como profesor. Hacia 1973 Vázquez de Castro ganó la Cátedra de Proyectos II. Pocos años después volvieron Sáenz de Oíza y Carvajal. Hacia 1974 Javier Seguí ganó la cátedra de Análisis de Formas y en 1977 Juan Navarro Baldeweg la segunda cátedra de Elementos de Composición.⁴ En otras disciplinas, Aroca y Navascués, eran nombres significativos, ya catedráticos.⁵ La escuela moderna, a la que progresivamente se irían uniendo también otros nombres (Amézqueta, Iglesias) se completaba. Al final de la década volvieron incluso Fullaondo y Moneo.

De 1971 a 1977 o 1978, la Escuela de Arquitectura fue llenando trabajosamente con la cultura del siglo el vacío que la coincidencia entre el triunfo definitivo y la crisis de la modernidad había generado. Perdido el mito del progreso permanente propio de la búsqueda de la modernidad, la confianza en la disciplina de la arquitectura y en su historia, transmitidas principalmente por Aldo Rossi y Robert Venturi, y entendidas como un “corpus”, se impuso entre los profesores jóvenes,



13. El organicismo de la segunda generación. Instituto de restauración, de F. Higuera y A. Miró.

14. Una nueva "Escuela de Madrid". Ampliación de Bankinter, de R. Moulou y R. Bescós.

15. Las primeras remodelaciones de la periferia. La meseta de Orcasitas, de Vellés, Valdés y Mapeli.

16. Reflexión y concursos en los años 70. El Colegio de Arquitectos de Sevilla, de E. Perea y G. Ruiz Cabrero.

⁴ Alba, profesor a quien se debe la incorporación masiva de las nuevas generaciones, tuvo como profesores a López-Peláez, quien esto escribe, Pérez Pita, Angel F. Alba, Frechilla, Eduardo Sánchez, Rodríguez-Noriega, Rivière... Vidaurre, apoyado en Alba y su equipo, incorporó a Alau, Ibáñez, Ignacio de las Casas, Partearroyo, Cortés, Vellés, Valdés, Velasco, Pérez Arroyo, Sánchez Hevia, Ortega... Estaban en la Escuela, o se incorporaron en aquellos años, nutriendo las cátedras de proyectos, Andrés Perea, Arana, Vélez, Paco Alonso, Casares, Ruiz Cabrero, Enrique Perea, Alberto Campo, Miranda, Araújo, Nadal, Maite Muñoz, Bellosillo, Fernández-Galiano...

Profesor de Historia de la Arquitectura, Sambricio, incorporado por Chueca, debe ser citado en paralelo con esta generación y participe de la renovación y la actividad de entonces. De la misma generación, pero incorporado más tarde como profesor de Estética fue Hernández León.

⁵ En 1978 se forzó la dimisión del equipo directivo, todavía "a la antigua", formando la directiva provisional Larrodera, Aroca –catedrático de Cálculo de Estructuras– y Navascués –de Historia del Arte–. Fernández Alba rechazó la dirección. Esta directiva incorporó a Moneo como catedrático de Composición en 1980.

entonces ya masivos y mayoritarios, que marchaban a descubrir Europa y América –la historia del movimiento moderno– y volvían llenos de diapositivas y de libros para enseñar a sus compañeros y alumnos.

La nueva cultura arquitectónica –italiana y norteamericana– y el redescubrimiento de la historia de la modernidad que ésta transmitía, se convirtió en una nueva referencia. La revitalización del racionalismo, un nuevo entendimiento del clasicismo, de la idea de la composición, de la monumentalidad y del papel de la arquitectura en la ciudad, fueron las hipótesis de trabajo entonces más utilizadas.

Mediante ello, la Escuela de Arquitectura de Madrid se convirtió en los setenta en un lugar de verdadera cultura, de reflexión y de debate. Ello coincidió con otras Escuelas, como la de Barcelona, donde el papel docente de Rafael Moneo fue un verdadero paradigma, o como la de Sevilla. Y ello explica el importante despegue que la arquitectura española tendría en el panorama internacional a partir de los años ochenta, fundada también en el eclecticismo, ahora más consciente e ilustrado.

La arquitectura de la nueva "Escuela de Madrid"

La crisis económica hizo que la actividad arquitectónica disminuyera, circunstancia que no fue ajena a la vitalidad que, por el contrario, tuvo la Escuela.

Los edificios más significativos del tránsito de la década de los sesenta a la de

los setenta, últimos productos de la euforia económica inmediata, fueron el Bankuni6n, de Corrales y Molez6n (1969-72) ganado en un concurso en el que compitieron tambi6n, y entre otros, de la Sota, Fern6ndez Alba y Cano Lasso; y el Banco de Bilbao, de S6enz de O6za (1971-80). Las generaciones modernas llegaban a la Castellana; esto es, al triunfo metropolitano.

Aunque estos edificios fueron muy admirados en lo que ten6an de superaci6n del organicismo y de revitalizaci6n de la modernidad, profesores j6venes y alumnos reivindicaron la tradici6n moderna m6s ortodoxa con su admiraci6n a De la Sota (Colegio Mayor C6sar Carlos, Centro de C6lculo de la Caja Postal) y a la obra de Francisco Cabrero.

Pero las arquitecturas consideradas plenamente como el inicio de una nueva situaci6n fueron la media manzana de viviendas en la calle Bas6lica, de Cano Lasso (1972-1976) entendidas como un arquetipo del papel urbano de la residencia; y, sobre todo, la ampliaci6n de Bankinter, de Moneo y Besc6s (1969-1976), apretada y afortunada s6ntesis de los valores que entonces se buscaban: cualificada relaci6n con el lugar, referencias a la tradici6n propia, utilizaci6n de recursos de la arquitectura moderna y contempor6nea (Escuela de Chicago, Aalto, Venturi, Rossi...). Bankinter represent6, para la generaci6n que entonces estaba llenando los cuadros

de profesores, el s6mbolo de un cambio definitivo de la "Escuela de Madrid".

Pero Rafael Moneo era tanto "madrile6o" como profesor de Barcelona, y, por su ascendencia, su edificio se convirti6 en simb6lico tambi6n para toda Espa6a.

Los profesores se volcaban en algunos concursos (el m6s famoso y concurrido fue el del Colegio de Arquitectos de Sevilla, que ganaron Ruiz Cabrero y Perea) y 6stos se convert6an en la Escuela en interesantes objetos de debate. El de la Universidad de C6rdoba (ganado por O6za) continu6 con una serie que culmin6 en 1979 con el del Centro Isl6mico, otra de las ocasiones perdidas por la ciudad.

Aunque la actividad escolar m6s trascendente para Madrid fue el trabajo sistem6tico con la vivienda, en su doble entendimiento de investigaci6n tipol6gica y de propuesta urbana. Mucho antes que la ciudad las necesitara, en la Escuela se trabaj6 intensamente en la vivienda, iniciando un laboratorio que tendr6a su continuidad real en las grandes remodelaciones de la periferia metropolitana. Las de Orcasur y Orcasitas se empezaron en los a6os setenta y mayoritariamente apoyadas en profesores: S6enz de O6za, de las Casas, Vell6s y Vald6s, de Miguel.

En los ochenta seguir6an de modo m6s importante, escribiendo una de las historias de la arquitectura residencial m6s cualificadas de entre las que la ciudad ha tenido.

* * *

La Escuela no s6lo se hab6a modernizado de forma definitiva, sino que se hab6a convertido en el lugar principal –en la pr6ctica, el 6nico– donde la arquitectura se trataba en su verdadera amplitud, arrebatando el principal y antiguo papel de los Colegios de Arquitectos e incluso de las revistas.

Se formaron as6 las bases tanto de lo que a Madrid correspond6a en el despegue arquitect6nico espa6ol de los a6os ochenta como de la cualificada formaci6n proyectual de un gran n6mero de estudiantes.

En los a6os setenta, sobre todo a partir del 74 o el 75, y hasta hoy en d6a, los alumnos no encuentran la arquitectura plena si no es en la Escuela. Pues la formaci6n proyectual est6 a su alcance y es as6, m6s que nunca, voluntaria.